

la señorita de Vienne de traer una escolta de más de cincuenta mosqueteros y otros tantos arcabuceros, porque de otro modo la hubieran secuestrado en el camino. Al llegar á la ciudad, y estando á las puertas del convento, se encontró con un alguacil de la Audiencia, que venia á notificar á la Superiora la prohibición de recibirla bajo pena de multa. Por su parte, el Arzobispo intervino también en el asunto, y exigió que se presentase la joven en la iglesia para ser en ella interrogada delante del Cabildo y del pueblo, acerca de la libertad y sinceridad de su vocación. Al instante fué allá, y respondió con tanta sangre fría, energía y elevación, que no hubo más que una voz en el auditorio; y el Cabildo, y aun el Parlamento mismo, se vieron obligados á dejarla comenzar su noviciado, durante el cual tuvo que sufrir muchas pruebas. Visitada á cada instante por los Vienne y Beaufremont, á los cuales no era posible negarse por los rumores que habían esparcido de que se la violentaba; por los Coligny, que la instaban para que cumpliera la palabra de casamiento que había dado, y sobre todo, por su joven primo, quien más enamorado que nunca no se quería separar de ella y la martirizaba continuamente, se veía obligada todos los días á presenciar escenas que la hacían sufrir, y á afirmar ó rechazar los escritos que la presentaban. Concluido su noviciado, la hicieron ir otra vez á la iglesia, y allí, sentada en una silla alta, delante de los religiosos, notarios y testigos, sufrir otro examen aún más riguroso que el primero. Ya creía que se habían acabado las pruebas, pues había protestado con energía que era libre y que Dios sólo había inclinado su corazón á la vida religiosa, cuando la víspera de su profesión se interpuso el Obispo de Macon en calidad de pariente, prohibiendo á la Superiora recibir los votos de la novicia, y á ésta el pronunciarlos, amenazándolas con excomulgarlas en caso contrario. Imagínese el dolor y la sorpresa de la se-

ñorita de Vienne al recibir esta noticia en el instante en que, saliendo de sus ejercicios, divisaba ya la hermosa corona de rosas blancas que en la Visitación se pone en la frente de las profesas.

No queriendo renunciar á esta dicha, pronunció sus santos votos á pesar de la amenaza del Sr. Obispo de Macón, con las rejas abiertas, en presencia de toda la nobleza del país, apelando al Papa como protector de la libertad religiosa. El asunto se llevó así á la corte de Roma, sin que por esto dejaran los Parlamentos de tomar parte en él. Por el contrario, al siguiente día de pronunciar sus votos la señorita de Vienne, los declaraba nulos el Parlamento de Besanzón, y pocos días después fué notificada para que compareciese ante el Parlamento de París. Por otra parte, el Parlamento de Dole, habiendo sabido que el de Besanzón había autorizado esta cita, la cual consideraba como ilegal, porque la señorita de Vienne no dependía de la jurisdicción del Parlamento de París, la notificaba no compareciese, bajo la pena de confiscación de todos los bienes del monasterio. En esto la guerra estalló en la Lorena, y la Superiora tuvo aviso de que, á favor de las turbulencias y desórdenes, se iba á efectuar el rapto de la señorita de Vienne. ¿Qué hacer en tales circunstancias? La Madre Margarita Michel no se desconcertó. Queriendo evitar á su joven profesas semejante desgracia y á sus parientes tan enorme sacrilegio, salió por la noche de Besanzón acompañada de la señorita de Vienne y de siete ú ocho profesas, y á marchas forzadas llegó á la pequeña ciudad de Friburgo, en Suiza, donde pidió un asilo y el permiso de refugiarse, bajo la protección del Ilmo. Sr. Obispo y Conde de Lausanne. Este fué el origen del monasterio de Friburgo, y de la propagación del Instituto en las riberas de los lagos suizos y en las ciudades populosas de Alemania. Así los huracanes arracan á veces á un árbol su simiente más preciosa,

y la llevan á través de las borrascas á tierras lejanas y fecundas, en donde fructifica y da ciento por uno (1).

Mientras que la Madre de Chantal veía con tanto gusto como inquietud el vasto desarrollo de su querida Visitación, un acontecimiento tristísimo, no sólo para Annecy, sino para todo el Instituto, cubrió á éste de luto profundo. Este fué la muerte del venerable D. Miguel Favre, confesor de San Francisco de Sales, de la Madre de Chantal, y el que había formado á las Madres de Brechard, Favre, Blonay y á todas las primeras religiosas de la Orden; el que las había ayudado con sus consejos en la fundación de tantos monasterios, y en la obra más admirable aún de la perfección de sus almas y de quien decía nuestra Santa: «Preciso es que Dios nos ame mucho para habernos dado al buen don Miguel Favre.»

He buscado por todas partes el retrato de este santo sacerdote, pero no habiéndole podido encontrar, quiero por lo menos hacer el retrato de su alma, tan llena de humildad y de candor.

Había nacido en Saboya, y llamado por Dios desde su infancia, entró á los diecisiete años en un convento de padres capuchinos; pero no pudiendo resistir su débil complexión el rigor de este Instituto salió de él, después de haber llevado muchos meses el hábito de novicio y vistió la sotana de clérigo, recibiendo los sagrados órdenes de manos de San Francisco de Sales. Algún tiempo después, habiendo ido á la ciudad de Annecy para aprender el canto llano, entró en la iglesia cuando el Santo Obispo iba á subir al altar. Por casualidad no había más que uno de sus capellanes para ayudarle, y pusieron una sobrepelliz al buen señor de Favre para que reemplazase al que faltaba. Después de la Misa le dijo el Santo que fuese á comer á su casa; lo hizo, en

---

(1) *Fundación inédita de Besanzón*, pág. 371.

efecto, y estuvo en ella tres días, sin atreverse á marchar y sin que el Santo se lo dijese, en lo cual no pensaba por cierto el bienaventurado; antes por el contrario, estaba muy contento de verle en su casa, porque notaba en el porte de aquel joven eclesiástico una modestia verdaderamente sacerdotal y una piedad extraordinaria. Habiéndole, pues, examinado atentamente, y gustándole mucho la sinceridad de su alma, le dijo un día: «Sr. D. Miguel, ¿querriais encargarnos de la conciencia de un Obispo?» El joven reflexionó un poco, y después respondió tan juiciosa como humildemente: «De un Obispo como vos, sí, Ilmo. Señor; de otro modo temería mucho esta carga.» Desde entonces lo tomó el bienaventurado por confesor. D. Miguel de Favre no tenía entonces veinticinco años cumplidos.

Era en 1610 y acababa de nacer la Visitación. San Francisco de Sales creyó no podría encontrar para sus Hijas mejor director que este joven eclesiástico, tan maduro ya, tan sabio en las cosas de Dios y tan virtuoso, y le nombró primer confesor de la Visitación, á fin de que el que confesaba al Padre confesase también á las Hijas.

Desde entonces se consagró de tal modo al servicio de la Visitación, que sería imposible contar los buenos y útiles servicios que le prestó. Como en la fundación de los Institutos hay regularmente mucho que escribir, este amantísimo confesor trabajaba en copiar muchas veces las mismas cosas; por ejemplo, las reglas, constituciones, directorio, ceremonial, costumbrero, etcétera, etc., y además, como era tanta la pobreza y no se podían comprar breviarios para todas, el buen señor D. Miguel escribía unos libritos para cada Hermana, con tanto celo y cuidado, que eran tan cómodos como los impresos.

Quando el Instituto principió á extenderse y las fundaciones eran frecuentes, generalmente el Sr. D. Mi-

guel era el que acompañaba á las Hermanas, haciéndoles mil buenos servicios, edificándolas sobre todo con su caridad, su vida interior y su regularidad en sus ejercicios de piedad, de modo que parecía un religioso. Por la mañana muy temprano hacía una hora de oración, y por la tarde, después de las Vísperas y Completas, dedicaba á este ejercicio otra media hora, regularmente al mismo tiempo que la comunidad; rezaba todos los días el Rosario, elevaba su espíritu hacia Dios con mucha frecuencia, y era tan sólida su virtud y devoción, que toda la comunidad lo quería. No se puede decir con acierto quién practicaba mejor este punto de las constituciones, si las religiosas honrándole como al ángel visible encargado de la guarda del monasterio, ó él, respetando á las Hermanas como á esposas sagradas del Salvador.

Las instrucciones que daba en la confesión eran tan suaves y sólidas en medio de su misma brevedad, que las Hermanas que habían tenido la dicha de confesarse con el Santo Obispo de Ginebra, decían que no les parecía estar del todo privadas de aquella dicha; tanto se había empapado este santo sacerdote en las máximas de aquel bienaventurado maestro. En los días de fiesta decía algunas veces tres ó cuatro palabras tan piadosas, que muchas veces bastaban á las Hermanas para punto de meditación. Celebraba la santa Misa con singular piedad, no siendo ni muy largo ni muy corto, á ejemplo de San Francisco de Sales, que había sabido encontrar en todas las cosas el bellissimo término medio de la virtud. En una palabra, como Dios da á las principales personas que emplea en alguna cosa extraordinaria gracias y talentos particulares, es preciso reconocer que, habiendo escogido á este santo sacerdote para primer confesor de una Orden religiosa, le había concedido todas las virtudes y cualidades necesarias para el buen desempeño de tan importante cargo.

Le ejerció por espacio de veintitrés años, después de los cuales se metió en cama, conociendo que había llegado el tiempo de morir. El día en que se declaró el mal fué todavía al locutorio y estuvo cerca de una hora hablando con la Hermana María Antonia de Vosery con el sombrero en la mano, sin querer cubrirse por más que ésta le instó para que así lo hiciera; pero como tenía la santa costumbre de tratar con un respeto también santo á las Hermanas, no le pudo convencer esta vez ni ninguna otra; y cuando le decían que era en esto exagerado, acostumbraba contar algún ejemplo gracioso ó del respeto de los ancianos con el Arca, ó de la humildad de San Francisco de Sales, cuyo nombre tenía siempre en los labios y en el corazón.

Apenas se metió en la cama el buen Sr. D. Miguel Favre, se juzgó mortal su enfermedad. Cuando dijeron á la Santa que tal vez moriría, exclamó: «¡Y querrá Dios que yo vea también esto!» Después cerró los ojos, y apretando fuertemente sus manos, dijo: «¡Hágase su santa voluntad!» Y repitió muchas veces estas palabras. Por la tarde, al salir de la oración, dijo á las Hermanas: «Este es un nuevo despojo; este buen hombre se va al descanso eterno con su querido Señor. Yo no tenía casi otro consuelo en este mundo que el de conferenciar con este buenísimo hijo de mi bienaventurado Padre; pero pues Dios quiere que muera, es menester no querer que viva.»

Se puso luego en oración, y quiso que la Comunidad hiciese lo mismo, porque el buen Sr. D. Miguel Favre había sido muy timorato toda su vida, y no había podido nunca pensar en la muerte sin temblar á causa de los juicios de Dios. Por esto la Santa escribió una esquela para animarle diciéndole algunas palabras de confianza y abandono en la misericordia infinita de Dios. El moribundo se conmovió y consoló tanto, que envió á decir á la Santa que no tuviera pena por él; que todos

sus temores se habían disipado; que su alma estaba en paz, y con la mayor indiferencia para la vida ó la muerte entre las manos de Dios. Se confesó con el reverendo P. D. Justo Guerin, y le envió á que pidiese en su nombre perdón á la Comunidad por no haber servido bien á las esposas de Jesucristo.

Conociendo que iba á morir, creyó que debía, para gloria de Dios y de sus Santos, declarar en público lo que pensaba de la Madre de Chantal, cuya conciencia había dirigido por espacio de veintitrés años. «¡Ay!—dijo—los que se encuentran en el trance de la muerte, están en la cátedra de la verdad. Mi verdadero sentir respecto á nuestra digna Madre, es que es una de las mayores siervas de Dios que creo existen hoy en el mundo. Veintitrés años hace que admiro en ella una conciencia más pura, más clara y más limpia que el cristal. Siempre he deseado escribir algo sobre este particular, pero me ha detenido el conocimiento de mi indignidad y haber oído decir á nuestro bienaventurado Padre que no era digno de hablar de esta santa mujer. Por eso he callado.»

El Jueves Santo, al anochecer, volviéndose de repente á los circunstantes: «Adiós» dijo, y abriendo sus brazos en cruz, quedó sin sentido. Creyeron que había muerto, y fueron apresuradamente á dar cuenta á la Comunidad, pero sólo era un desmayo, más bien de amor que de muerte. Aproximando el oído á su boca moribunda se le oía decir: «Dios mío, perdonadme. *Ecce homo, Ecce homo.*» Y después decía: «¡Oh hermosa ciudad, oh noble ciudad!» Y volviendo en sí de repente: «Iremos—dijo—al banquete esta noche.»

El Ilmo. Sr. Juan Francisco de Sales llegó en este momento, y viéndole con tan santa alegría, que regocijaba á todo el mundo, quiso darle algunas comisiones para San Francisco de Sales cuando le viera en el cielo; pero el humilde moribundo, recogiendo en sí mis-

mo. «¡Ay! Ilmo. Señor—le contestó,—yo no merezco que me reconozca por uno de sus siervos é hijos, habiéndome aprovechado tan mal de sus ejemplos é instrucciones.» Recibió con grande alegría la bendición de su Obispo, le rogó llevase á la Madre de Chantal y á toda su comunidad su última despedida, y se encomendó de nuevo á sus oraciones.

La enfermedad iba debilitando su cuerpo, sin disminuir su fervor. Sus últimos pensamientos fueron para la Santísima Virgen; repetía sin cesar: *María, ¡Mater gratiae!* Un eclesiástico le preguntó si creía que la Virgen Santísima le asistiría: «¿Y qué, lo dudais?» replicó con viveza, admirado de que se pudiesen tener semejantes pensamientos acerca de esta Madre de bondad.

Por último, habiendo recibido todos los Sacramentos, lleno de fe, de esperanza y de caridad, rico de virtudes, y sólo de cuarenta y ocho años de edad, entregó su espíritu en manos del Redentor la noche del Jueves Santo, pero después de las doce y en el día de Viernes Santo, día en el cual caía aquel año la Anunciación y Encarnación del Verbo. «¿Y qué podemos pensar de esta hermosa alma—añaden los manuscritos antiguos que copiamos—sino que habiendo fallecido en estos dos inefables misterios, y habiendo caído, por decirlo así, entre estos dos brazos del amor del Amado, halló entrada en la eterna morada de Aquel que en este mismo día había tomado y dejado la vida por nosotros?» Al anochecer del Viernes Santo fué enterrado, según su deseo, en la iglesia de la Visitación, el día 25 de Marzo de 1634. La Madre de Chantal, al volver de la ceremonia de los funerales, escribió estas palabras: «El Sr. D. Miguel, nuestro amado confesor, descansa entre los santos (1).»

Uno de los últimos deseos de este virtuoso Sacerdo-

(1) Todos estos detalles están sacados de dos manuscritos contemporáneos, la *Fundación del primer monasterio de Annecy*, por la Madre de Chaugy, y las *Memorias de la Madre Luisa Dorotea de Marigny*.

te, había sido ver fundar en Annecy un segundo monasterio de la Visitación. Dos días después de su muerte, el de Pascua de 1634, la Madre de Chantal fué llamada al locutorio, y encontró una porción de jóvenes que se echaron á sus piés pidiéndole les hiciese la gracia de darles su santo hábito. Admirada al pronto, quedó después muy convencida que esto era cosa que su santo confesor había alcanzado en el cielo, habiéndolo deseado tanto en la tierra. Con esto excitó á todas aquellas jóvenes á que perseverasen, decidiendo desde este momento la fundación de un segundo monasterio en Annecy. Poco después, estando la Santa con dos Hermanas en el oratorio del Calvario, se acercó á la ventana, y viendo á la distancia de un tiro de piedra la casita en que había empezado el Instituto, y en la cual San Francisco de Sales le había dado el santo hábito, y que tan llena estaba de dulces memorias, se sintió movida del deseo de volver á poseerla, y concibió el pensamiento de establecer en ella el segundo monasterio. Desgraciadamente esta casa había sido vendida, y el propietario no quiso revenderla por ningún precio. Fué menester contentarse con otra casa que estaba muy cerca, y que al fin, pasados algunos años, pudo unirse á la casa de la Galería. Comprada la casa, la Madre de Chantal empezó á dar pasos para conseguir las licencias necesarias. Pero ¿quién lo creería? En aquella pequeña ciudad de Annecy, que durante tantos años había disfrutado de la presencia de San Francisco de Sales, y á la cual el mundo entero envidiaba la posesión de su cuerpo glorioso; en aquella desconocida ciudad, cuna de una Orden religiosa en que la Madre de Chantal resplandecía como un astro, y de donde habían salido las Madres Favre, Brechard, Blonay, todas aquellas grandes y santas mujeres cuya posesión se disputaban Francia é Italia, hubo sublevación general en cuanto se trató de fundar un monasterio de la Visitación. No se oían más que

calumnias y amenazas contra la Santa si se atrevía á ir adelante con su idea. Se dieron al público, y aun se enviaron á la corte de Saboya libelos infamatorios. Tanto arreció la tormenta, que la Madre de Chantal se turbó á pesar de su serenidad y firmeza ordinaria, pero sin desistir de su propósito. Reunidos los materiales hizo se empezase la obra; pero tampoco las gentes del mundo se tranquilizaron, y no pudiendo impedir que la Madre de Chantal edificase su monasterio, continuaron burlándose, ya que no podían hacer otra cosa, pues la Santa tenía todas las licencias de la corte de Saboya. Los menos malos decían que la Madre de Chantal se había vuelto loca. Así, nadie es profeta en su patria, y las grandes obras del cristianismo son duraderas porque se concibieron entre humillaciones y se engendraron en los sufrimientos.

Cuando la tempestad hubo descargado durante algún tiempo y conmovido el alma de la Santa sin poder convencerla, hizo Dios que el sol saliese, las nubes se disiparon, y aun los mismos que tanto se habían burlado de la Madre de Chantal en el momento en que ésta ponía la primera piedra del monasterio, asistían batiendo palmas á la solemne bendición del convento (1). Las Hermanas entraron en él el domingo de la Santísima Trinidad, 11 de Junio de 1664. Era el aniversario de la fiesta misma del día en que, veinticuatro años antes, la Madre de Chantal, acompañada de la Madre de Favre y de la Madre de Brechard, había puesto, casi en la misma casa, los cimientos de su instituto. No habían pasado más que veinticuatro años, y este segundo monasterio de Annecy era el sesenta y cinco que contaba la Orden.

(1) *Fundación inédita del segundo monasterio de Annecy.*

